

Las personas que rumoreaban en la sala, oyeron allá dentro:

—Madre!

—Hijo mío!

XVI

Vencido por tantas emociones, Andrés se durmió, con aquel profundo sueño que sobrecoje a los niños cuando han llorado mucho.

Empezó a despertar cuando la primera luz de la mañana invadía con sutileza la habitación.

Una confusa idea de que tenía que levantarse al trabajo imperioso, lo hizo medio incorporar, temiendo que hubiese dormido demasiado. Quien no tiene sino a sí mismo para vivir, no puede perder tiempo.

—¡Ah! murmuró con disgusto, des-perezándose, —cuándo descansaré? Tuvo un pesado pensamiento: el hombre es un buey que cumple una tarea.

Instintivamente dirigió una mirada oblicua buscando aquel busto de ojos enigmáticos que tenía al pie la palabra *Melancolía*: no la vió ni reconoció aquella alcoba medio velada todavía por la oscuridad. No percibió los rumores de la Alameda de las Delicias, que turbaran la dulce somnolencia de la madrugada. No estaba sobre el velador su reloj, que veía siempre al despertar, como un ojo atento, implacable.

Su conciencia permanecía aun, como la alcoba, en la penumbra. El cansancio pesaba todavía sobre él.

Se acordó vagamente de su viaje, de un viaje que acababa de hacer. Adormilado, miró en derredor: hallábase en un cuarto de hotel desconocido? Porque ¡ay! durante muchos años, eso era lo que le sucedía; despertar en un hotel, a la mañana siguiente de llegar de otra parte.

Iba aclarando lentamente.

En vez de las oleografías de los hoteles, percibió sobre la pared un antiguo cuadro que confusamente aparecía a sus ojos, como un lejanísimo recuerdo. Era un Descendimiento... ¿Dónde lo había visto?

La claridad del día aclaraba también su mente.

De improviso, como un relámpago de alegría, brilló en su espíritu el destello de la realidad.

¿Era, pues, cierto que se hubiese cumplido ese deseo vehementísimo? ¿Era verdad que estaba allí, en su casa? ¡Jamás una impresión placentera ha hecho sonreír de manera tan grata a un desgraciado!

Ecucó la vista en derredor de la estancia, donde ya todo aparecía con claridad.

Sintióse envuelto por un ambiente de hogar, mansión de la sencillez y del cariño; y en todos los detalles veía la obra de manos queridas, dadoras de ventura.

Era aquella parte nueva de la casa, ese departamento recién construido, tantas veces descrito en las cartas de la madre, cuando le decía: «Están edificando una salita y una pieza más, donde tú quedarías muy bien, con independencia y al mismo tiempo entre nosotros. Los jazmines del patio van a quedar frente a la ventana de tu dormitorio; lo que ha habido que cortar es el ciruelo. Pero la parte nueva está quedando muy bonita. Es para tí. Ah!... Vente!»

Recordó Andrés ésta y otras cartas de su madre. Pobrecita! Y su pecho se llenó de la alegría que él mismo había traído al hogar.

Se incorporó y desde el lecho entreabrió una hoja de la ventana. Precipitóse dentro el hálito de los jazmines y una onda de luz.

Acostado otra vez, observó la disposición del dormitorio. Un tapiz claro, nuevo; cuadritos de buen gusto; sobre el dintel de la puerta el «Descendimiento». Ahora ya sabía dónde lo había visto: era el mismo delante del cual rezó cuando niño. Sonrió al ver que estaba en una cama con colgaduras blancas y lacitos rosados. «Es una cama virginal», pensó. ¡Qué bien estaba allí!

Una cama virginal! Este pensamiento le trajo deliciosas ideas, y embelesado en ellas, su imaginación fué